

Escaleras, me saco ante vosotras mi sombrero. En efecto. Mi sombrero es imaginario. Pero el puente, él, está colgado. Pende de vuestros labios, señoras (1). Uno no puede ser más galante. No puede ser más galante que un puente colgante.

Están todavía las serpenteantes sendas, el lago de pájaros durmientes, tiramos piedras a los patos mandarines, saben que no serán alcanzados, permanecen sobre un palo en el agua, inmóviles. El café por encima, todo el alma de Henry Bataille, los primeros actos donde hay todavía pintores, las fundas dejadas en los muebles del corazón, no podéis comprenderme. Parque, parque y parque. He aquí el apartamento de los sueños: en un desfiladero de peñascos artificiales un pasaje al fondo de un valle cerca de un arroyo que corre, la cascada, hasta perderse. André Breton habla de vez en cuando en un inglés de una rara elegancia. El fondo de su discurso que se confunde con el fondo del aire es un equívoco establecido entre los árboles y las palabras, la pradera se parece a un *limerick* (?), *it was a young lady of Gloucester*, y algo más tarde, es Marcel Noll quien descubre entre los fulgores cruzados en la niebla el encanto de viajes extraordinarios en el fondo de grandes rutas que anidan, ver el plano, en el sudeste de la isla adonde llegamos por un camino circular. Les dejo a los soñadores estos orificios del falso peñasco para esconder sus búhos y sus arañas hiladoras y que los periodistas, con per-

(1) Aragon juega con el doble sentido que adquiere la misma palabra (*suspendu*) en dos expresiones: *pont suspendu* y *suspendu à vos lèvres*, poseyendo esta última una imagen surreal; por ello léase también en castellano: colgado de sus labios. (N. del T.)

(2) Especie de poema corto absurdo y jocoso. (N. del T.)

dón, desarrollen este tema hasta la última asociación (1): *las grutas son las buchachas* (2) *de la sombra, y en ellas gozo.*

YO:

Tú te crees, hijo mío, obligado a describirlo todo. Ilusoriamente. Pero a describirlo al fin y al cabo. Estás lejos de la realidad. No has enumerado las piedras, las sillas abandonadas. Los rastros de la situd sobre las briznas de hierba. Las briznas de hierba. Que todos los que se preguntan a donde quieres realmente llegar, se pierdan en el detalle, o en el jardín de tu mala voluntad. A la derecha, a formar, lectores. Oiga usted, hombre de los quevedos, podría levantar el mentón; no son una mierda las estrellas. Y a la orden, tratad de salir de entre mis piernas al compás. Paso acompasado. Me han seguido, los imbéciles, como en esta complicación de juego de potro, llamado paseo, en la que detrás del cabecilla toda la banda imita los gestos de un chiquillo dominante. Subid a esta pequeña colina, volved a bajar: sí que vais buenos y yo, demasiado desdeñoso para reírme. No sabe nada de mi orgullo. Todos los que han hablado conmigo me creían educado. Mis zapatos, lamed mis zapatos. Y aún. Y Dios sabe adónde los he arrastrado mis zapatos. Jamás acabaré este libro con el que os deleitáis. Tendréis que imaginar aún aquella especie de Siberia, aquel Ural que costea la rue de Crimée por donde pasa el ferrocarril del cinturón. Y las puertas y los accesos al parque, y la poesía inaccesible para vosotros de lugares más convencionales para mí, más... de lo

(1) Recuérdesse que ésta era la base de todo juego surrealista. (N. del T.)

(2) Aragon utiliza aquí el término *moniche*, posible deformación de *bonne, boniche* (muchacha). (N. del T.)

que os creéis. Zozobrad en mi debilidad, esclavos. Mis brazos van a dejaros en vuestro aburrimiento, y esta dudosa afición que teníais por mí, se os será castigada con la decepción. Pertenezco a la gran raza de torrentes. Eso no es para tus mentas. Todo lo que digo, todo lo que pienso, es demasiado bueno para vosotros, siempre será suficiente. Tu reloj, tú. Y tú, tu mujer. Vamos, sin rechistar, ponédlo todo a mis pies. No se os ha preguntado vuestra opinión, no hace falta murmurar entre dientes: BONITA NATURALEZA. Echaos, boca abajo, más de prisa; ¡eh, alfombra! Ando sobre sus cuerpos, rey holgazán, yo avanzo, mancho sus americanas, su piel y su corazón. Raros dibujos del servil Aubusson (1). Rediós, desgraciados. Si hubiera pensado en ponerme mis zapatos de clavos o espuelas. Espuelas, no estaría mal. Ras, ras, con la estrella. Paia-pán, el tacón. Callaos de una puñetera vez.

XVII

A M. Philippe Soupault, 4, avenue d'Erlanger

Señor director de la *Revue Européenne*:

¿No le da a usted vergüenza publicar todos los meses una colección de palabras sin un significado general válido para los ojos abstractos del pensamiento? Cerraos, violetas. ¿Qué abismo se ha abierto debajo de los pasos de sus colaboradores? Un intento de ficción, y todo el aire amable que necesita, los giros de inteligencia de los ficcionarios del

(1) Importante manufactura de tapices. (N. del T.)

espíritu, ¿compensan todo este comportamiento de escritura y de imprenta, corrección de pruebas y los ligeros latidos de su corazón, cada mes en la compaginación? Un gran ridículo cae del cielo sobre esta especie de actividad. Cuando el relato de tales empresas lo hace cualquier persona que ha considerado siempre la agitación humana como algo vulgar, sin inquietud, con aquel ligero meneo de cabeza de ciertas mujeres, entonces aparece todo lo falso de semejante postura intelectual. Lea lo que en alguna parte dice Wanda de Sachar-Masoch acerca de la creación de una revista por su marido: se me cae el alma a los pies y después me vuelve a subir. Qué gente, Señor. Le hablo así porque por varias demostraciones inteligentes que usted me hizo, pensé en muchas ocasiones que usted tenía una cierta noción de lo inútil y de lo irrisorio de todo esfuerzo. Quizá me equivoque.

Había emprendido, y sobre todo para resarcirle de adelantos pecuniarios que usted me había hecho, la exposición de una imaginación que tenía de lo divino y de los lugares donde se manifiesta. Al principio, y para no asustarle con la amplitud de un proyecto tal, se lo había presentado bajo el aspecto de simples paseos, mezclados de reflexiones, como hay muchos ejemplos ya en la literatura. Sin duda, las primeras páginas del manuscrito le decepcionaron, al esperar alusiones arqueológicas y soñadoras. Pero éstas no habían disgustado a algunos y usted me animó a proseguir. Tuvo usted la buena disposición de no enojarse por algunos abusos que hice de su indulgencia y su descuido, metiendo aquí y allá algunas palabras algo libres para Francia, a sus espaldas, y con la conciencia de que, como luego se comprobó, usted no se preocupaba lo más mínimo del mundo, de lo que usted daba a leer al mundo.